

ORAR EN EL MUNDO OBRERO

5º Domingo de Cuaresma (29 de marzo de 2020)

(Comisión Permanente de la HOAC)

¡LOS SEPULCROS QUEDARÁN VACÍOS!

El cristiano ha de ganarse el derecho a la Resurrección, viviendo austeramente, dando trascendencia a todos sus actos, aun a los menos importantes, sabiendo buscar la verdad entre la maraña de mentiras organizadas, en medio de la confusión en que se vive, sabiendo seguirla con corazón recto y decidida entrega. Aunar en su persona las obras y la Fe como instrumentos al servicio de Cristo y de su Iglesia (Rovirosa, OC, T.V. 427)

Jesús, junto a la tumba de Lázaro, oró: «Padre, te doy gracias porque me has escuchado; yo sé que tú me escuchas siempre». Necesitamos esta certeza: el Padre nos escucha y viene en nuestra ayuda. El amor de Dios derramado en nuestros corazones nos permite afirmar que, cuando se ama, nada ni nadie nos apartará de las personas que hemos amado (Francisco, Vigilia Oración Jubileo Misericordia 5 mayo 2016).

Me dispongo orando

Todo este camino de Cuaresma es un camino de luces y sombras. Hoy tienes un día ante ti lleno de signos de vida y de muerte. ¿Cuál va a ser tu clave de lectura ante esta realidad que te rodea? Distingue los signos que te rodean. ¿Cómo puedes potenciar vida a tu alrededor? Determina gestos concretos. Hazte el propósito de ser transmisor de vida. Y pídele a Jesús, hermano y amigo, que te comunique la fuerza para ello: que sea él quien guíe tu mirada, tu gesto, tus manos, tus pies a lo largo de tu camino en cada encuentro.

*Guíame, Señor.
Guíame, Señor, mi luz,
en las tinieblas que me rodean,
¡guíame hacia delante!*

*La noche es oscura y estoy lejos de casa:
¡Guíame tú! ¡Dirige tú mis pasos!
No te pido ver claramente
el horizonte lejano: me basta
con avanzar un poco...
No siempre he sido así,
no siempre te pedí que me guiaras tú.
Me gustaba elegir yo mismo
y organizar mi vida...
pero ahora, ¡guíame Tú!
Me gustaban las luces deslumbrantes
y, despreciando todo temor,
el orgullo guiaba mi voluntad.*



*Señor, no recuerdes los años pasados...
Durante mucho tiempo tu paciencia me ha esperado:
sin duda, Tú me guiarás por desiertos y pantanos,
por montes y torrentes
hasta que la noche dé paso al amanecer
y me sonría al alba el rostro de Dios: ¡tu Rostro, Señor!*

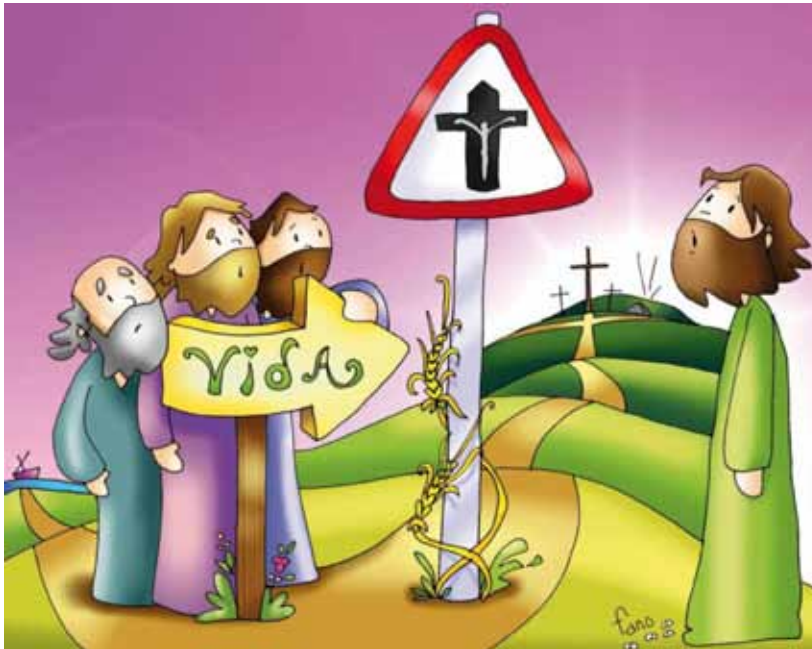
Escucho la Palabra

Ez 37, 12-14: Os infundiré mi espíritu y viviréis.

Sal 129, 1-2. 3-4ab. 4c-6. 7-8: Del Señor viene la misericordia, la redención copiosa.

Rm 8, 8-11: El Espíritu del que resucitó a Jesús de entre los muertos habita en vosotros.

Jn 11, 1-45: Yo soy la resurrección y la vida.



En aquel tiempo, un cierto Lázaro, de Betania, la aldea de María y de Marta, su hermana, había caído enfermo. María era la que ungió al Señor con perfume y le enjugó los pies con su cabellera; el enfermo era su hermano Lázaro. Las hermanas mandaron recado a Jesús, diciendo: –Señor, tu amigo está enfermo. Jesús, al oírlo, dijo: –Esta enfermedad no acabará en la muerte, sino que servirá para la gloria de Dios, para que el Hijo de Dios sea glorificado por ella.

Jesús amaba a Marta, a su hermana y a Lázaro. Cuando se enteró de que estaba enfermo, se quedó todavía dos días en

donde estaba. Solo entonces dice a sus discípulos: –Vamos otra vez a Judea.

Los discípulos le replican: –Maestro, hace poco intentaban apedrearte los judíos, ¿y vas a volver allí? Jesús contestó: –¿No tiene el día doce horas? Si uno camina de día, no tropieza, porque ve la luz de este mundo; pero si camina de noche, tropieza, porque le falta la luz.

Dicho esto, añadió: –Lázaro, nuestro amigo, está dormido; voy a despertarlo. Entonces le dijeron sus discípulos: –Señor, si duerme, se salvará. Jesús se refería a su muerte; en cambio, ellos creyeron que hablaba del sueño natural.

Entonces Jesús les replicó claramente: –Lázaro ha muerto, y me alegro por vosotros de que no hayamos estado allí, para que creáis. Y ahora vamos a su casa. Entonces Tomás, apodado el Mellizo, dijo a los demás discípulos: –Vamos también nosotros y muramos con él.

Cuando Jesús llegó, Lázaro llevaba ya cuatro días enterrado. Betania estaba poco de Jerusalén: unos tres kilómetros, y muchos judíos habían ido a ver a Marta y a María para darles el pésame por su hermano. Cuando Marta se enteró de que llegaba Jesús, salió a su encuentro, mientras María se quedaba en casa. Y dijo Marta a Jesús: –Señor, si hubieras estado aquí no habría muerto mi hermano. Pero aún ahora sé que todo lo que pidas a Dios, Dios te lo concederá.



Jesús le dijo: –Tu hermano resucitará.

Marta respondió: –Sé que resucitará en la resurrección del último día.

Jesús le dice: –Yo soy la resurrección y la vida: el que cree en mí, aunque haya muerto, vivirá; y el que está vivo y cree en mí, no morirá para siempre. ¿Crees esto?

Ella le contestó: –Sí, Señor: yo creo que tú eres el Mesías, el Hijo de Dios, el que tenía que venir al mundo. Y dicho esto, fue a llamar a su hermana María, diciéndole en voz baja: –El Maestro está ahí y te llama.

Apenas lo oyó, se levantó y salió adonde estaba él; porque Jesús no había entrado todavía en la aldea, sino que estaba aún donde Marta lo había encontrado. Los judíos que estaban con ella en casa consolándola, al ver que María se levantaba y salía deprisa, la siguieron, pensando que iba al sepulcro a llorar allí. Cuando llegó María adonde estaba Jesús, al verlo se echó a sus pies diciéndole: –Señor, si hubieras estado aquí no habría muerto mi hermano.

Jesús, viéndola llorar a ella y viendo llorar a los judíos que la acompañaban, sollozó y, muy conmovido, preguntó: –¿Dónde lo habéis enterrado?

Le contestaron: –Señor, ven a verlo. Jesús se echó a llorar. Los judíos comentaban: –¡Cómo lo quería!

Pero algunos dijeron: –Y uno que le ha abierto los ojos a un ciego, ¿no podía haber impedido que muriera este?

Jesús, sollozando de nuevo, llega al sepulcro. Era una cavidad cubierta con una losa.

Dice Jesús: –Quitad la losa. Marta, la hermana del muerto, le dice: –Señor, ya huele mal, porque lleva cuatro días.

Jesús le dice: –¿No te he dicho que si crees verás la gloria de Dios? Entonces quitaron la losa.

Jesús, levantando los ojos a lo alto, dijo: –Padre, te doy gracias porque me has escuchado; yo sé que tú me escuchas siempre; pero lo digo por la gente que me rodea, para que crean que tú me has enviado.

Y, dicho esto, gritó con voz potente: –Lázaro, ven afuera.

El muerto salió, los pies y las manos atados con vendas, y la cara envuelta en un sudario.

Jesús les dijo: –Desatadlo y dejadlo andar. Y muchos judíos que habían venido a casa de María, al ver lo que había hecho Jesús, creyeron en él.

Medito y contemplo

En un ámbito dominado por la muerte, Jesús se presenta como la resurrección y la vida. Y es que en el proyecto creador de Dios las personas no estamos destinadas a la muerte, sino a la vida plena y definitiva. El grupo de Jesús es una comunidad de hermanos y amigos, que se relaciona en el afecto y el amor, dispuesta a afrontar los riesgos necesarios para ayudar a quien lo necesita.

Nuestro mundo también está lleno de contradicciones muerte-vida. Pregonamos los derechos humanos como nunca, y lo hacemos en una cultura del descarte, en un sistema que mata, literalmente. Hablamos de libertad, sintiendo el «frío aliento del miedo». Decimos que la persona es lo primero, entre cientos de cadáveres ahogados en el Mediterráneo, o mientras levantamos muros y vallas, en lugar de puentes de encuentro y abrazos fraternos que acojan... Solo contemplando el número de los fallecidos en accidentes de trabajo cada día, ante el que nuestro mundo es incapaz de sentirse conmovido, tendríamos que sentir escalofríos.

Frente a la cultura de la muerte, es urgente que los cristianos luchemos, trabajemos, construyamos con nuestra vida, otra cultura de la Vida, mostrando que nuestra fe es una opción radical

por la vida y la dignidad humanas, por unas condiciones de vida verdaderamente humanas. Ahí tenemos campo necesario de acción y compromiso.

Creer en Dios es creer en la vida. En otra vida que crece en esta. Una fe en la vida preñada de esperanza, que anuncia la buena noticia de que nuestro Dios es un Dios de vida que quiere la vida para todos, y pone en nuestras manos lo necesario para que seamos constructores de la vida de Dios.

Tendremos que seguir aprendiendo, viviendo, descubriendo y creyendo en la Vida resucitada, mucho más que hasta ahora.

Si repasas tu vida, te topará con la vida débil y amenazada, y la que muere sin causa y sin sentido, y la que busca vivir, y la que se entrega y siembra. Agradece la vida y ora por quienes, incluso en medio del sufrimiento y la muerte, testimonian pasión por la vida de todos. Da gracias también por los signos de vida –pequeños y grandes– de nuestro mundo.

Oro

Amenazado de vida

*Dicen que estoy «amenazado de muerte»
porque ando en malas compañías
y frecuento zonas conflictivas,
porque no llevo guardaespaldas
y aparezco en medio de las refriegas;
dicen que mis gestos son peligrosos,
que voy por mal camino,
que exagero...
Tal vez.
Pero cuando los que mueren son los otros,
ya me diréis si hay exageración
en algo tan simple como curar y dar consuelo.*

*Dicen que estoy amenazado de muerte
porque soy un lázaro cualquiera,
porque mi piel es distinta,
porque soy extranjero,
porque tengo una vida que no es vida,
porque otros tienen preferencia...
Tal vez.
Pero no me digáis entonces que lo vuestro es vida.*

¡Es cultura de muerte y no me interesa!

*Dicen que estoy «amenazado de muerte»
Es una advertencia para intimidarme,
meterme miedo en el alma y en el cuerpo
y dejar que todo siga el curso que beneficia a los de siempre.*





*Sea lo que fuere, estoy tranquilo
porque si me matan, no me quitan la vida.
Me sembraré contigo
y granaré
desbordando sueños.*

*Los cristianos no estamos amenazados de muerte.
Estamos amenazados de vida.
Porque Tú eres la vida, aunque estés crucificado
en la cumbre del basurero del Mundo,
o enterrado en arrabales, suburbios y favelas.*

*Ni yo ni nadie estamos amenazados de muerte.
¡Estamos amenazados de vida, de esperanza, de amor...!
Porque tu hora, Señor, ha llegado
y recorres nuestro mundo como río de agua viva.*

Actúo

A las puertas de la Semana Santa, después de este camino de Cuaresma, nos queda el último tramo del camino: la Pasión y la Cruz. Ya casi estamos. Después la muerte provisoria, y la Resurrección convocada.

Pero el tramo que queda es el más difícil, porque es el que pondrá en cuestión toda nuestra fe. Volveremos a la tentación: la de abandonar. Seguiremos esperando solucionar los problemas del mundo sin comprometer nuestra vida ni tener que jugarlosla.

Solo si llegamos a la misma Cruz, otearemos el sentido de la vida, de la resurrección.

Tu empeño, guiado por el Espíritu, ha de ser dejarte sostener por el amor, a la vez que descubres tu vida como siembra que ha de granar.

Para resucitar ¿a qué has de morir? ¿Dónde te has de sembrar? Vuelve a mirar tu proyecto de vida. Concreta tu compromiso.

Acoge el don de la Palabra y el don de la Fraternidad.

*Señor, Jesús, te ofrecemos
todo el día...*

